

JONAS

Introducción

Jonás, el antiprofeta. Como quinto de los «profetas menores» encontramos a Jonás, el hombre que se empeña en hacer exactamente lo contrario de lo que debería hacer un profeta.

Entre una serie de poetas que escriben normalmente en verso, encontramos a este genial narrador que, salvo el vocabulario algo tardío, maneja la prosa como cualquiera de los mejores narradores clásicos hebreos.

Entre tantas profecías contra naciones determinadas o contra las naciones en general, encontramos a este Jonás que lleva consigo un mensaje de misericordia para el pueblo que es símbolo de crueldad, imperialismo, y agresión contra su propio pueblo, Israel.

Y entre una serie de profetas firmemente arraigados en la situación política y social, desfila este Jonás sin arraigo en tierra ni en mar, cuya anécdota con el gran pez, sirvió para que los cristianos encontrasen en ella una prefiguración del acontecimiento pascual de Jesús (Mt 12,39-41; 16,4; Mc 8,12; Lc 11,29.32). Así como Dios salvó al profeta del peligro mortal para salvar por medio de él a un pueblo gentil. Así también, Dios salvó a Cristo, no apartando el cáliz de la pasión, sino resucitándolo de la muerte, para salvar con su muerte y resurrección a todos los pueblos de la tierra.

Mensaje religioso. La parábola de Jonás nos ofrece una gran enseñanza, por medio de una ironía sostenida, que en un punto llega al sarcasmo, y concluye con una pregunta desafiante. Jonás es el antiprofeta que no quiere ir a donde el Señor le envía ni decir lo que le manda. Así resulta ser el malo, mientras que los buenos son primero los marinos paganos, después los ninivitas agresores. Jonás tiene que vérselas con los enemigos mitológicos: el mar y el cetáceo, y aprender que el Señor los controla y los somete a su servicio. Un minúsculo gusano y un modesto ricino dan una lección sapiencial al profeta recalcitrante.

La profecía, en la intención de Jonás es predicción categórica de castigo; en la intención de Dios, es amenaza condicionada; porque Dios no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva (Ez 18,23.32), y los paganos han escuchado la palabra extranjera (Ez 3,5-7), y se han convertido.

La ironía de todo el relato está en que precisamente Jonás, el «antiprofeta», resulta ser un «gran profeta» porque sabe e intuye, muy a su pesar, que todo el nacionalismo exclusivista del pueblo judío, que todos los castigos que ciernen sobre la cabeza de los enemigos de Israel, no son más que fabricaciones humanas, y que, en el fondo, el amor y la misericordia de Dios abarcan a todos los pueblos de la tierra.

El definitivo mensaje de Jonás, cuyo nombre suena en oídos hebreos a «Paloma hijo de Veraz» –el primer Colombo o Colón de la historia–, se puede resumir en una frase: si Nínive alcanza el perdón, ¿quién quedará excluido?

En el barco¹

1 ¹El Señor dirigió la palabra a Jonás, hijo de Amitay:
2 ²–Levántate y vete a Nínive, la gran metrópoli, y proclama en ella que su maldad ha llegado hasta mí.

¹ **1,1-16 En el barco.** De entrada, encontramos el sello característico de la profecía: el impulso, el botón de arranque del profeta, es la Palabra que el Señor le dirige. El nombre del profeta y del libro, Jonás, hijo de Amitay, aparece idéntico en 2 Re 14,25; sin embargo, no se trata del mismo personaje, pues aquel Jonás vivió en el s. VIII a.C., bajo el reinado de Jeroboán II, mientras que el profeta que nos presenta el libro es un personaje ficticio. La gran mayoría de críticos y comentaristas afirman en la actualidad que la trama de la obra, y por ende su aventura y «ministerio», son también ficción. La época del relato revela un estadio muy tardío en la historia de Israel. Algunos, basados en el estilo, la lengua y la problemática teológica, se aventuran a fecharlo hacia el s. IV a.C.; en cualquier caso es anterior al s. II a.C., pues el Eclesiástico o Sirácida, que es más o menos de esta época, ya lo da por supuesto entre los doce profetas (cfr. Eclo 49,10).

Con intención de dirigirse a Tarsis para huir del Señor, es decir, para no contradecirse a sí mismo ni contradecir a quienes pensaban como él, Jonás se embarca en Jafa. Una tremenda tempestad llena de terror a los marinos que invocan cada uno a su divinidad, sin ser escuchados. Sólo Jonás duerme como si no pasara nada. Al descubrir las causas divinas de la tormenta, Jonás mismo sugiere el remedio, que funciona perfectamente. Esto se convierte en motivo para que unos paganos reconozcan e invoquen a Dios, le teman, le ofrezcan sacrificios y votos (14-16). La escena del Jonás que duerme es una manera de decir que evitó intencionalmente invocar a su Dios por temor a «contaminarlo» entre paganos. El final de este capítulo registra el primer «éxito» misionero de Jonás, ironías de la vida, que el autor maneja con sobrada maestría.

³Se levantó Jonás para huir a Tarsis, lejos del Señor; bajó a Jafa y encontró un barco que zarpaba para Tarsis; pagó el precio y embarcó para navegar con ellos a Tarsis, lejos del Señor.

⁴Pero el Señor envió un viento impetuoso sobre el mar, se alzó una furiosa tormenta en el mar y la nave estaba a punto de naufragar.

⁵Temieron los marineros y cada cual gritaba a su dios. Arrojaron la carga al mar para aligerar la nave, mientras Jonás, que había bajado a lo hondo de la nave, dormía profundamente.

⁶El capitán se le acercó y le dijo:

–¿Qué haces dormido? Levántate y grita a tu Dios; a ver si ese Dios se compadece de nosotros y no perecemos.

⁷Y se decían unos a otros:

–Echemos suertes para ver por culpa de quién nos viene esta calamidad.

Echaron suertes y le tocó a Jonás.

⁸Le interrogaron:

–Dinos: ¿por qué nos sobreviene esta calamidad?, ¿cuál es tu oficio?, ¿de dónde vienes?, ¿cuál es tu país?, ¿de qué pueblo eres?

⁹Les contestó:

–Soy un hebreo y adoro al Señor, Dios del cielo, que hizo el mar y la tierra firme.

¹⁰Atemorizados, aquellos hombres le preguntaron:

–¿Qué has hecho? –Porque comprendieron que huía del Señor, por lo que él había declarado–.

¹¹Le preguntaron:

–¿Qué haremos contigo para que se nos calme el mar?

Porque el mar seguía embraveciéndose.

¹²Él contestó:

–Levántenme y tírenme al mar, y el mar se les calmará; yo sé muy bien que por mi culpa les sobrevino esta furiosa tormenta.

¹³Pero ellos remaban para alcanzar tierra firme, y no podían porque el mar seguía embraveciéndose.

¹⁴Entonces invocaron al Señor:

–¡Ah, Señor, que no perezamos por culpa de este hombre, no nos hagas responsables de una sangre inocente! Tú, Señor, puedes hacer lo que quieres.

¹⁵Entonces levantaron a Jonás y lo arrojaron al mar, y el mar calmó su furia.

¹⁶Y aquellos hombres temieron mucho al Señor. Ofrecieron un sacrificio al Señor y le hicieron votos.

En el vientre del gran pez²

2¹El Señor envió un pez gigantesco para que se tragara a Jonás y estuvo Jonás en el vientre del pez tres días con sus noches. ²□ Desde el vientre del pez, Jonás rezó al Señor, su Dios:

³En el peligro grité al Señor

y me atendió,

desde el vientre del abismo

pedí auxilio y me escuchó.

⁴Me habías arrojado al fondo, en alta mar,

me rodeaba la corriente,

tus torrentes y tus olas

² **2,1-11 En el vientre del gran pez.** Como la cosa más normal de este mundo, la narración de la salvación de Jonás por medio del gran pez es descrita en menos de cincuenta palabras en nuestra lengua, mientras que el hebreo sólo utiliza veintitrés: Dios ordena al gran pez tragarse a Jonás (1), Dios ordena al gran pez vomitar a Jonás en tierra firme (11). Por tanto, no se trata de narrar las «aventuras de Jonás», sino de colocarlo de inmediato en el lugar donde Dios quiere, a pesar de los pesares, manifestar su voluntad y designio salvíficos. A todas luces se ve que el salmo que entona Jonás (2-10) es una adición posterior, colocado aquí para subrayar la misericordia y la pronta actitud de Dios para escuchar y actuar en favor de quien le clama.

- me arrollaban.
- ⁵Pensé: Me has arrojado
de tu presencia;
¡quién pudiera otra vez
ver tu santo templo!
- ⁶A la garganta me llegaba el agua,
me rodeaba el océano,
las algas se enredaban a mi cabeza;
- ⁷bajaba hasta las raíces de los montes,
la tierra se cerraba
para siempre sobre mí.
Y sacaste mi vida de la fosa,
Señor, Dios mío.
- ⁸Cuando se me acababan las fuerzas,
invoqué al Señor,
llegó hasta ti mi oración,
hasta tu santo templo.
- ⁹Los devotos de los ídolos
faltan a su lealtad;
- ¹⁰yo, en cambio, te cumpliré mis votos,
mi sacrificio será un grito
de acción de gracias:
la salvación viene del Señor.
- ¹¹El Señor dio orden al pez de vomitar a Jonás en tierra firme.

En Nínive³

(Gn 19,1-29)

- 3**¹El Señor dirigió otra vez la palabra a Jonás:
²—Levántate y vete a Nínive, la gran ciudad, y anuncia lo que yo te digo.
³Se levantó Jonás y fue a Nínive, como le mandó el Señor. Nínive era una gran ciudad, tres días hacían falta para recorrerla. ⁴Jonás se fue adentrando en la ciudad y caminó un día entero pregonando:
—¡Dentro de cuarenta días Nínive será arrasada!
- ⁵Creyeron a Dios los ninivitas, proclamaron un ayuno y se vistieron de sayal pequeños y grandes.
- ⁶Cuando el mensaje llegó al rey de Nínive, se levantó del trono, se quitó el manto, se vistió de sayal, se sentó en el polvo ⁷y mandó al heraldo proclamar en Nínive un decreto real y de la corte:
—Hombres y animales, vacas y ovejas no prueben bocado, no pasten ni beban;
- ⁸cúbranse de sayal hombres y animales. Invoquen fervientemente a Dios; que cada cual se convierta de su mala vida y de sus acciones violentas. ⁹A ver si Dios se arrepiente, calma el incendio de su ira y no perecemos.

³ **3,1-10 En Nínive.** De nuevo la misma orden de 1,2: «Levántate y vete a Nínive...». Jonás, el bueno de Jonás, más interesado en contemplar el templo del Señor (2,5) que en meterse en campañas misioneras, tiene que ser empujado por la voz de Dios. Da la impresión de que ha salido del vientre del gran pez y ha permanecido allí estático, postrado en la playa. Su entrada a Nínive y su predicación no tienen nada de atractivo, no se nota esa pasión del profeta, ese desenvolvimiento y esa fuerza a que nos acostumbró un Jeremías, un Amós, un Miqueas... Parece que Jonás recorre la ciudad con una pancarta entre sus manos, silencioso, sin mirar a nadie ni detenerse con nadie. ¡No está en la tierra de sus amores!

Como quiera que sea, el mensaje de Jonás ha producido lo que él ni se esperaba, ni deseaba. El revuelo de los ninivitas llega hasta el mismo rey, que no se detiene en confrontar mensaje ni mensajero: la cuestión es urgente. Debemos esperar a que el rey se pronuncie para poder escuchar de sus labios lo que debió anunciar Jonás, ¡qué paradoja! Luego, el «éxito» de la misión no depende siempre de la persona del evangelizador, está en la propia fuerza que tiene la Palabra, en los dinamismos que ella desata, eso que el autor de la carta a los Hebreos describe como espada de dos filos (Heb 4,12). ¡Si siempre estuviera a nuestro alcance este espejo, nos evitaríamos tantos desánimos y tanto estrés en nuestras tareas de evangelización!

¹⁰Vio Dios su obras y que se habían convertido de su mala vida, y se arrepintió de la catástrofe con que había amenazado a Nínive y no la ejecutó.

La lección del ricino⁴

4 ¹Jonás sintió un disgusto enorme. Irritado, ²rezó al Señor en estos términos:
–¡Ah, Señor, ya me lo decía yo cuando estaba en mi tierra! Por algo me adelanté a huir a Tarsis; porque sé que eres un Dios compasivo y clemente, paciente y misericordioso, que te arrepientes de las amenazas. ³Ahora, Señor, quítame la vida; más vale morir que vivir.

⁴Respondió el Señor:

–¿Te parece bien irritarte de esa manera?

⁵Jonás había salido de la ciudad y se había instalado al oriente de la misma; allí se había hecho una choza, y estaba sentado a la sombra esperando el destino de la ciudad.

⁶Entonces el Señor Dios hizo crecer una planta de ricino hasta sobrepasar a Jonás, para que le diese sombra en la cabeza y lo librase de una insolación. Jonás estaba encantado con aquel ricino.

⁷Entonces Dios envió un gusano al amanecer el día siguiente, el cual dañó el ricino, que se secó. ⁸Y cuando el sol apretaba, envió Dios un viento sofocante del este; el sol abrasaba la cabeza de Jonás y lo hacía desfallecer. Jonás se deseó la muerte y dijo:

–Más vale morir que vivir.

⁹Respondió Dios a Jonás:

–¿Te parece bien enojarte a causa de esa planta de ricino?

Contestó:

–¡Claro que me parece bien enojarme hasta desear morir!

¹⁰El Señor le replicó:

–Tú sientes compasión de una planta de ricino que no te ha costado cultivar, que una noche brota y otra perece, ¹¹¿y yo no voy a apiadarme de Nínive, la gran ciudad, que habitan más de ciento veinte mil hombres que no saben distinguir el bien del mal, y donde hay además muchísimo ganado?

⁴ **4,1-11 La lección del ricino.** Jonás no da su brazo a torcer. Él es de los defensores del Señor, de los que piensan y pelean para que nada ni nadie que no sea «digno» se le acerque, ni siquiera lo invoque. Si tuvo que venir a Nínive, fue porque no le quedó más remedio; pero en semejante territorio y entre semejante tipo de gente, ni pensar siquiera en pronunciar el sacrosanto Nombre del Altísimo. Nótese que su mensaje parece más una frase de pasacalle. Lo trágico de todo ello es que aún hoy encontramos Iglesias, corrientes teológicas y grupos cristianos cuyo proyecto vital es esta misma manera de pensar, mezquina y reduccionista. Contradicen y desautorizan a Jesús de Nazaret, que sólo exige hacerse pequeños y pobres para acceder a Dios, a un Dios que ciertamente no necesita defensores, guardianes o guardaespaldas que impidan el roce con Él. Estas actitudes dan crédito de que todavía subsisten aquellos viñadores de la hora primera que se indignaron con su señor porque quiso darles igual paga que a los viñadores de la hora última (Mt 20,1-15).